

«Tan distante se halla el dogma católico de contrariar en nada los adelantos filosóficos, que antes bien es de todos ellos fecunda semilla», dice Balmes¹. «No es poco, cuando se trata de adelantar en alguna ciencia, el tener un eje alrededor del cual, como punto seguro y fijo, pueda girar el entendimiento; no es poco evitar ya desde el principio una muchedumbre de cuestiones de cuyos laberintos ó no se saldría jamás, ó se saldría para caer en los mayores absurdos; no es poco, si se quieren examinar esas mismas cuestiones, el tenerlas ya resueltas de antemano en lo que encierran de más importante, el saber dónde está la verdad, dónde el peligro de extraviarse. Entonces el filósofo es como aquel que, seguro de la existencia de una mina en algún lugar, no gasta el tiempo en vano para descubrirla; sino que, fijándose luego sobre el verdadero terreno, aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos.»

CAPÍTULO UNDÉCIMO.

LA FILOSOFÍA.

(Conclusión.)

1. La filosofía pagana y la cristiana.—2. La filosofía escolástica y sus servicios.—3. Santo Tomás de Aquino.—4. León XIII, restaurador de la filosofía tomista.—5. Carácter de la filosofía moderna: sus errores dominantes.—6. Método para estudiar con provecho la filosofía.

I. La filosofía pagana y la cristiana.—La filosofía adquirió notable desarrollo en la antigüedad, que cuenta en éste, como en otros ramos del saber, con ilustres ingenios, cuyas obras son aun hoy consultadas con provecho. Mas, por la íntima relación que existe entre las creencias y las costumbres, se nota que, á medida que el respeto á Dios y la práctica de la moral fueron debilitándose en el mundo antiguo, también la filosofía fué desviándose de la senda de la verdad y convirtiéndose en instrumento de perversión para

¹ El protestantismo comparado con el catolicismo.

los individuos y los pueblos. Con todo, por mucha que haya sido la corrupción del paganismo, el culto á la verdad y al bien—que es el fin de la filosofía—tuvo siempre adeptos; por lo que puede afirmarse que siempre ha habido filósofos en el mundo. Además, la antigüedad llegó también á un alto grado de civilización, sobre todo en Egipto, Persia, Grecia y Roma, y toda civilización, por incipiente que sea, entraña una filosofía, como dice el cardenal González¹; así como toda concepción religiosa entraña una civilización en armonía con la religión, que le sirve de base y norma fundamental.

La India, el Egipto, la China, la Persia, en una palabra, los principales pueblos de Oriente, fueron el teatro de las primeras evoluciones filosóficas, que de ordinario se confundían con las creencias religiosas y eran consignados en los libros sagrados; pero indudablemente llegó la filosofía á su apogeo en las escuelas de Grecia y Roma, naciones adornadas (en especial la primera) de dotes relevantes para los estudios filosóficos y literarios. Desde el famoso Tales de Mileto, fundador de la escuela jónica, hasta Enesidemo, representante de la escuela escéptica, positivista y empírica, que fué más ó menos contemporánea de Cicerón, muchos ingenios de la docta Grecia se dedicaron al cultivo de la filosofía: conocidos son los nombres de Anaximandro, Heráclito, Pitágoras, Demócrito, Empédocles, Parménides, etc., y, sobre todo, los de Sócrates, Platón y Aristóteles, genios extraordinarios que se elevaron á una altura sorprendente, pudiéndose decir que no hubo cuestión de moral ó de filosofía especulativa que no tratasen con lucidez, y en muchos casos con acierto: por lo que Minucio Félix juzga que las teorías de los principales filósofos gentiles, como las de Pitágoras y Platón, acerca del alma humana, etc., eran sombras y reminiscencias de la doctrina revelada por Dios y enseñada por los profetas.

Sócrates es, sin duda, entre los filósofos paganos el que enseñó y profesó la moral más pura. El conocimiento de sí mismo es la base de su filosofía; el deber del hombre y el mejor empleo de sus facultades consisten en investigar

¹ Cf. «Historia de la filosofía».

la verdad y en conformar su conducta con el bien moral, una vez conocido... La prudencia, la justicia, la templanza, ó moderación de los apetitos sensibles, y la fortaleza son las cuatro virtudes principales y necesarias para la perfección moral del hombre, el cual será tanto más perfecto en este orden, cuanto más se asemeje á Dios en sus actos; porque Dios es el arquetipo de la virtud y de la perfección moral.¹

Platón, que ha merecido el sobrenombre de *divino*, fué discípulo de Sócrates y fundador de la célebre escuela llamada *Academia*. Un sello de profunda originalidad respaldea en sus escritos: el punto culminante de su filosofía y la clave de su doctrina es su famosa teoría sobre las ideas. Dios es, para Platón, el ser absoluto, el bien supremo, la idea creadora de las cosas; y en su teoría, el alma racional es una substancia que se mueve á sí misma, como esencia dotada de facultades afectivas y cognoscitivas, superiores é inferiores; el fin del hombre es la semejanza con Dios, y la virtud es bastante por sí sola para la felicidad.

Por último, Aristóteles, discípulo de Platón durante veinte años, y á quien solía éste llamar el *pensamiento* y *el alma* de su escuela, poseyó un ingenio extraordinario. Cuando fijó su residencia en Atenas, se congregó en el *Liceo*, en torno del gran filósofo, una multitud de discípulos, incluso Alejandro Magno. Las obras del Estagirita son la mejor prueba, no sólo de la prodigiosa actividad de su genio, sino también de la admirable fecundidad y flexibilidad de su talento verdaderamente enciclopédico. La lógica y la gramática, la poética y la dialéctica, la física y la historia natural, la astronomía y la meteorología, la moral y la política, la sociología y la historia, la antropología y la cosmología, la metafísica y la teodicea, todo se halla tratado en sus obras, y tratado á fondo y de una manera sólida, á pesar de que algunas de estas ciencias eran desconocidas en su tiempo.

¹ En la apreciación de este autor, en la de otros filósofos paganos y en la de algunos cristianos, me atengo á la «Historia de la filosofía» del cardenal *Consalvi*, de la que tomo casi literalmente muchas frases que constan en el texto.

Pero, á pesar del mérito indiscutible de la filosofía pagana, contiene errores que contribuyeron poderosamente á la per-versión de los pueblos antiguos, sin que uno solo de sus filósofos haya enseñado en todo la verdad; y por esto se ha dicho que toda aberración, por monstruosa que sea, ha sido defendida por alguno de ellos. La causa principal de los errores de la filosofía pagana fué su ignorancia acerca de Dios y de sus atributos. «Destituída dicha filosofía», dice Balmes¹, «de las luces de la fe, al andar en busca del principio de las cosas, lejos de encontrar un Dios creador y ordenador, y que cual bondadoso padre se ocupa con cuidado en hacer felices á los seres que sacara de la nada, no acertó á descubrir sino el caos, así en el mundo físico como en el social.»

En efecto, los más grandes ingenios del paganismo no tenían conceptos claros y seguros acerca de Dios, del origen del mundo, de la simplicidad é inmortalidad del alma, de la Providencia, etc. La misma filosofía de Sócrates es esencialmente incompleta, ya que, según él, la única ciencia que existe es la ético-teológica; de manera que las ciencias naturales y matemáticas, ó no existen, ó no tienen importancia y utilidad propias. Tampoco satisface plenamente su doctrina moral, que se resiente de obscuridad é incertidumbre, acerca del destino final del hombre, junto con conceptos fatalistas, supersticiosos y de levadura politeísta que aparecen en no pocos discursos y actos de este filósofo. En cuanto á Platón, su moral y política dejan mucho que desear: la primera, por ciertas máximas detestables y doctrinas horribles, y la segunda por su carácter utópico y, más que todo, por sus tendencias socialistas y comunistas. Platón autoriza el infanticidio, la comunidad de mujeres y la satisfacción de las pasiones más vergonzosas; admite, además, la preexistencia de las almas y la metempsicosis; su filosofía es idealista, pues niega que los sentidos perciban la realidad objetiva de los cuerpos. La doctrina de Aristóteles, en lo tocante á la moral, se limita á inculcar el interés bien entendido, y adolece también de

¹ El protestantismo.

otros defectos, como la falta de afirmaciones precisas acerca de la inmortalidad del alma, la negación de la providencia divina sobre todo el Universo, las afirmaciones referentes á la eternidad del mundo, á la solidez é incorruptibilidad de los cielos, á las inteligencias ó ángeles que mueven las esferas, á las causas que admite para explicar muchos fenómenos físicos, á la separación, en fin, que establece entre la idea teológica y la idea ética. En cuanto á Epicuro, basta decir que fundó la escuela del placer, y Zenón la de la vanidad¹.

De este ligero análisis resulta que la filosofía pagana, aun en sus mejores representantes, profesó doctrinas erróneas en materias importantísimas. No así la filosofía cristiana, que, apoyada en la Revelación y en el magisterio de la Iglesia, ha resuelto con claridad y exactitud cuanto problema hay de vital importancia para la humanidad. La creación *ex nihilo*, la caída y la rehabilitación del hombre, la unidad de origen y destino de todos los hombres, el dogma de la Providencia divina, la distinción substancial entre Dios y el mundo, entre lo finito y lo infinito, entre el bien y el mal; el influjo de la humildad, de la mortificación, de la caridad y demás virtudes que el cristianismo enseña, señalaron nuevos rumbos á la filosofía y empujaron á los sabios en utilísimas investigaciones. Se ha dicho, y con razón, que un niño instruido en el catecismo cristiano posee la clave para la acertada solución de las cuestiones más transcendentales del tiempo y de la eternidad, mucho mejor que Platón, el príncipe de los filósofos paganos.

Desde el establecimiento del cristianismo, la ciencia filosófica fué cultivada por los apologistas, los Padres y Doctores de la Iglesia, muchas de cuyas obras son monumentos de incomparable sabiduría en esta materia. En la enseñanza revelada tuvieron un guía seguro para sondear, en algún modo, la obscuridad de los misterios y resolver los más intrincados problemas del orden moral y social. Desde los santos Ireneo, Justino y Clemente de Alejandría; desde Tertuliano, Lactan-

¹ Cf. González l. c.; y Canly, Curso de instrucción religiosa.

cio y Orígenes, que florecieron en los primeros siglos de la Iglesia; desde San Agustín, San Isidoro de Sevilla, Boecio, San Anselmo, Pedro Lombardo, Alejandro de Hales, Vicente de Beauvais y Santo Tomás, que vinieron después, hasta Balmes, Donoso Cortés, Augusto Nicolás, San Severino, Libertore, el cardenal Zigliara y muchos otros filósofos de nuestros días, cuenta la Iglesia con un sinnúmero de escritores verdadísimos en la ciencia filosófica.

Pero San Agustín, á quien se llama el *Platón cristiano*, «fué el primero que, en el siglo IV, realizó en sus obras, si bien de una manera fragmentaria y dispersa», según dice el cardenal González¹, «el ideal de la filosofía cristiana, y sus obras contienen el primer ensayo, relativamente completo y sistemático, de ella. Porque la filosofía cristiana es el movimiento libre y espontáneo de la razón humana bajo la égida de la razón divina, la cual, dirigiendo y encauzando su actividad, la pone á salvo de los grandes errores y extravíos que en todo tiempo la han deshonrado y pervertido, cuando se ha entregado á sus propias fuerzas; mientras que, bajo su tutela, se han agrandado y extendido los horizontes de la razón humana. San Agustín desarrolló la filosofía cristiana, haciendo entrar en ella todas las grandes cuestiones que se relacionan con su objeto y esencia propia, formando un cuerpo de doctrina en que se concentran, aúnan, desenvuelven y armonizan las corrientes varias que hasta entonces habían surcado en sentidos diferentes el campo de la misma. Todas estas grandes corrientes, presintiendo y adivinando, por decirlo así, que se hallaban amenazadas de desaparecer bajo las ruinas amontonadas por el paso de la justicia de Dios, á través de Europa y de Asia, parece como que quisieron refugiarse en el gran doctor africano, para que, concentrándolas y fundiéndolas en el crisol de su genio poderoso, les diera unidad, y vida, y vigor, y fuerza bastante para atravesar, sin perecer, el período de tinieblas, de ruinas, de persecuciones y guerras que separan al siglo de la *Ciudad de Dios* del siglo de la *Summa Theologica*.»

¹ L. c.

Hoy en día, á diferencia de la edad antigua, el que quiere conocer la verdad y profesarla en toda su pureza, la encuentra claramente expuesta por los filósofos católicos, que se apoyan en la doctrina revelada y proceden de acuerdo con ella. Es cierto que, aun entre ellos, hay diversidad de pareceres en algunas cuestiones que, aun cuando importantes, no se refieren á los principios fundamentales y axiomáticos de la filosofía, en los que están todos de acuerdo. Natural es que, por la mucha extensión de esta ciencia y por la imperfección de las facultades humanas, haya á veces desacuerdo entre los obreros del pensamiento; pero las escuelas tienden á uniformarse y á abandonar la senda movediza de la hipótesis, para apoyarse en las verdades primeras é inconcusas, y deducir de ellas consecuencias ciertas y por todos admisibles.

2. La filosofía escolástica y sus servicios.—Ninguna ciencia como la filosófica necesita de tanta exactitud y método en su desarrollo y exposición, so pena de no cumplir su fin nobilísimo. Un razonamiento flojo y difuso, por esmerado y agradable que parezca el estilo, no persuadirá al lector, como otro ajustado á las reglas de la argumentación, aunque sea sobrio y un tanto desaliñado en la forma.

Si bien San Bernardo, nacido en el siglo XII, fué el último de los Padres de la Iglesia, con todo florecieron éstos con mayor brillo y dominaron por completo, en el campo científico y religioso, en los primeros siglos de la era cristiana. San Agustín, según dice el cardenal González, cierra el ciclo de la filosofía patristica; pues los Padres que escribieron después, tanto en la iglesia griega como en la latina, apenas trataron de filosofía.... Esta ciencia habría perecido, si la Providencia divina no hubiera velado por sus destinos al menos en el Occidente, preparando y distribuyendo por etapas ciertos hombres encargados de conservar y transmitir las tradiciones filosóficas de la antigüedad pagana y de la época patristica. Capela y Claudiano, Boecio y Casiodoro, Isidoro de Sevilla, Beda y Alcuino, son como otras tantas piedras millarias colocadas por Dios en las diferentes naciones de Europa, para señalarles el derrotero que debían seguir, si

querían entrar de nuevo en los caminos de la luz, de la vida y de la ciencia. Estos sabios son los grandes anillos de la cadena que une la filosofía patristica con la escolástica, y representan la época de transición entre estas dos grandes manifestaciones de la filosofía cristiana¹.

Con la irrupción de los bárbaros y la caída del imperio romano, las ciencias y las artes recibieron golpe terrible, y aun habrían desaparecido si los monjes no hubieran conservado las obras clásicas de la antigüedad y mantenido en los claustros el fuego sagrado de la ciencia. La Iglesia, tras largos y constantes esfuerzos, convirtió á los bárbaros y les infundió amor al trabajo intelectual, logrando así atraerlos al cultivo de la filosofía, mediante el desarrollo y expansión del principio cristiano. Este renacimiento filosófico, incubado, fecundizado é informado por el principio cristiano, es lo que constituye la filosofía escolástica... cuyos caracteres más generales y propios, tomada en conjunto, son dos: el primero y principal, la unión y conciliación entre la razón humana y la revelación divina, entre la filosofía racional y la teología cristiana; el segundo, la incorporación progresiva de la filosofía de Aristóteles á la filosofía cristiana, incorporación en virtud de la cual la filosofía escolástica vino á ser y constituir como un todo orgánico, vivificado por el pensamiento teológico del cristianismo, é informado por la lógica y la metafísica del fundador del Liceo².

Grandes servicios deben la filosofía y la teología al escolasticismo. Es uno de ellos el empleo de la forma silogística en la argumentación. Usado el silogismo convenientemente y sin abuso, se acostumbra la inteligencia á discurrir con método y precisión; se evita la divagación y vana palabrería en las discusiones; se da mejor enlace y trabazón al discurso; se disciplina, en fin, y conduce á la razón con seguro paso por la escabrosa senda del saber, distinguiendo con mayor facilidad lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo dudoso, lo axiomático de lo hipotético. Cousin, partidario acérrimo de Descartes, entusiasta admirador de la filosofía mo-

¹ L. c. ² Cf. González l. c.

derna y jefe del eclecticismo, afirma que «el arte silogística es á lo menos una arma poderosa, que da á la razón la costumbre de la precisión y del vigor. En esta poderosa escuela se formaron nuestros padres: gran fortuna sería poder retener en ella, siquiera por algún tiempo, á la juventud actual.»

«Los Doctores de la edad media, llamados *escolásticos*, dice León XIII¹, «acometieron la grande obra de juntar diligentemente las fecundas y ricas doctrinas diseminadas en los amplísimos volúmenes de los santos Padres; y, una vez reunidas, las guardaron, por decirlo así, en un solo lugar para que de ellas se aprovechase la posteridad.» Para manifestar la excelencia del método seguido por ellos, cita el sabio Pontífice estas frases de la bula *Triumphantis* de su antecesor Sixto V: «El ordenado enlace y trabazón íntima y recíproca de materias y razones; la armonía y disposición como de ejército armado en batalla que guardan los escolásticos; las definiciones y divisiones perfectas y luminosas que adoptaron en sus escritos; la fuerza incontestable de su argumentación, y aquellas agudísimas controversias con que la luz es separada de las tinieblas, la verdad del error, y con las cuales aparece en su vergonzosa desnudez la mentirosa falacia de los herejes, encubierta en mil prestigios y engaños; «todas estas preclaras y admirables dotes», prosigue León XIII, «se deben al recto uso de aquella filosofía que los maestros escolásticos, con deliberado y sabio consejo, emplearon aun en las disertaciones teológicas.»

3. Santo Tomás de Aquino.—Entre los filósofos y teólogos escolásticos ocupa el primer lugar Santo Tomás de Aquino, cuyo ingenio y sabiduría extraordinarios le han merecido el título de *Doctor Angélico*. En su vida, relativamente corta, profundizó casi todas las ciencias, en especial la filosofía y la teología, hasta el punto de que su doctrina ha merecido elogios de los mayores sabios, y de que su inmortal *Summa Theologica* fué colocada junto á la Sagrada Escritura en el Concilio de Trento.

¹ Encicl. *Æterni Patris*.

«El monumento más famoso de la ciencia basada en la fe, son la *Summa Theologica* y la *Summa contra gentiles*, dice el Padre Didon¹. «Toda la luz que ha traído al mundo la revelación divina; todas las verdades incontestables de la filosofía; cuanto hay de cierto en la ciencia natural, aun en las lenguas, en los descubrimientos y experiencias; todo está condensado en las obras magistrales de Santo Tomás, cuyo vasto genio es el tipo del sabio que se apoya en la fe.

«La Providencia lo había predestinado; pues le dió por antecesoros, entre los muertos, á Aristóteles y á San Agustín, y por padre y maestro, entre los vivos, á Alberto Magno, espíritu enciclopédico que á la ciencia filosófica y revelada juntó toda la ciencia experimental de su siglo.

«Que se estudie la *Summa* del maestro; que se examine tratado por tratado, desde el de la existencia de Dios hasta el de los fines últimos, y no se encontrará una cuestión, un artículo en que la ciencia natural no rinda testimonio á la fe y no entre como parte integrante en la síntesis universal.»

«La aparición de Santo Tomás en la edad media fué verdaderamente maravillosa, como lo fué, aunque quizás no tan claramente, la de Orígenes contra Celso, la de San Atanasio contra los arrianos y la de San Agustín contra los maniqueos, donatistas y pelagianos. Cual faro luminoso resplandece en la noche de los tiempos y rasga con los fulgidos destellos de su ingenio el negro manto que envuelve á los siglos subsiguientes. ... La *Summa Theologica*, obra grandiosa, que el Santo escribió en el ocaso de su vida y que, sorprendido por la muerte, dejó incompleta, es el fruto más sazonado de todos sus estudios, presentándonos el resultado de los trabajos intelectuales de toda su vida. ... En cuanto al método, éste es rigurosamente dialéctico. Planteado un problema, busca pruebas fehacientes en la Escritura, la Tradición, los principios teológicos y hasta en la filosofía; deduce de aquí la respuesta, que explana con la mayor lucidez, y contesta á las objeciones que en contra de la solución dada pueden oponerse. Hasta la aparición de este gran genio, el Occidente no

¹ La science sans Dieu.

poseía una obra de este carácter, en la cual la claridad y solidez, juntamente con una severa crítica, se entrelazan estrechamente.»¹

«Afortunadamente», dice Balmes², «en el siglo XIII se presentó un gran hombre, Santo Tomás, que de un solo empuje hizo avanzar la ciencia dos ó tres siglos.... Alcanzando una superioridad indisputable, hizo prevalecer por todas partes su método y doctrina, se constituyó como en centro alrededor del cual se vieron precisados á girar todos los escritores escolásticos, reprimiendo de esta manera un sinnúmero de extravíos, que de otra suerte hubieran sido poco menos que inevitables.»

«El genio profundo de Santo Tomás penetró los secretos más ocultos, y la lucidez de su inteligencia iluminó las cuestiones más oscuras. Estudió los fenómenos de la naturaleza con una finura de análisis que admiramos aún en nuestra época, y se elevó en el dominio de la especulación á alturas en que habrían sentido vértigo los más grandes genios de la antigüedad pagana. Cuando subió á la cátedra para enseñar, lanzó *mugidos* que resonaron en el mundo entero, y cuando tomó la pluma para escribir, produjo obras inmortales que son el honor de la ciencia.»³

Ninguno, en nuestros tiempos, ha estimado tanto la doctrina de Santo Tomás ni encarado más el estudio de sus obras que León XIII. «Entre los Doctores escolásticos», dice⁴, «descuella como príncipe y maestro que fué de todos ellos, el angélico Tomás de Aquino, de quien nota muy bien Cayetano, que por la suma veneración con que honró á los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos. Las doctrinas de éstos, dispersas á modo de miembros separados de un mismo cuerpo, las unió Tomás y ligó en un haz, las distribuyó con orden admirable y las enriqueció con tales aumentos, que con justa razón es tenido el santo Doctor por sostén y honra de la Iglesia. De ingenio

¹ *Hettinger*, Timoteo. ² L. c.

³ *Brin*, *Histoire générale de la philosophie*.

⁴ *Encicl. Aeterni Patris*.

dócil y agudo, de memoria fácil y tenaz, de vida inmaculada, amador de sola la verdad, instruido copiosísimamente en las ciencias divinas y humanas, con razón fué comparado al sol; pues vivificó al orbe de la tierra con el calor de sus virtudes y extendió por todo él la luz de la doctrina. No hay parte alguna de la filosofía que no tratara con solidez y agudeza juntamente; trató de las leyes del raciocinio, de Dios y de las substancias incorpóreas, del hombre y las cosas sensibles, de los actos humanos y sus principios, de manera tal, que nada se echa de menos, ni la abundancia en la materia de las cuestiones, ni la conveniente disposición de las partes, ni el más cumplido acierto en el método, ni mayor firmeza en los principios y vigor en la argumentación, ni la perspicuidad ó propiedad en los términos, ni la facilidad en la explicación de los puntos más abstractos.

«Á lo cual se añade que el Angélico Doctor abarcó las conclusiones filosóficas en las razones y principios que, por su considerable latitud, contienen dentro de sí la semilla de innumerables verdades, desarrollada oportunamente con fruto muy abundante por los maestros que vinieron después. Y, como también empleó este método en la refutación de los errores, alcanzó de este modo á debelar él solo todos los de los tiempos anteriores, y á proporcionar armas invencibles con que impugnar y destruir los que sucesivamente fuesen apareciendo. Distinguiendo, además, como es justo, la razón de la fe, aunque uniéndolas entre sí con vínculos de recíproca amistad, mantuvo sus respectivos derechos y atendió á su dignidad de tal manera, que ni la razón elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del humano saber, puede remontarse ya más, ni la fe puede obtener más eficaces y numerosos auxilios, que los que obtuvo, gracias á Santo Tomás.»

4. León XIII restaurador de la filosofía tomista.—Mucho antes de ocupar la cátedra de San Pedro, el cardenal Joaquín Pecci fué entusiasta admirador de la Suma Teológica y de la Suma contra los gentiles, cuya doctrina procuró difundir en el Seminario de Perusa, como la más adecuada para combatir el kantismo y el positivismo, muy en boga en las escuelas filosóficas, y para servir de base á todo pro-

greso especulativo y moral, y, en especial, á todo trabajo teológico. «Encantóse de la claridad, verdaderamente angélica, con que el autor de las dos Sumas establece la objetividad del mundo y del yo, la unidad substancial del compuesto humano, la colaboración de los sentidos á la intelección y á la volición espirituales, la completa legitimidad de nuestra investigación y descubrimiento de los principios ó causas por los hechos, de las esencias por los accidentes, de las potencias por sus actos, del alma por la vida corporal, de Dios por el movimiento de las cosas, de la Revelación por lo preternatural, de los misterios ó de la gracia sobrenatural por el acto de fe.»¹

Elevado el cardenal Pecci á la sede pontificia, se persuadió luego de que el malestar que en el orden religioso y social experimentaba nuestro siglo, era debido en gran parte á los errores que en uno y otro terreno se propalaban, y á haberse alejado un tanto algunas escuelas católicas del método escolástico, y en especial de la doctrina de Santo Tomás. Por lo que determinó restaurar los estudios filosóficos, falseados por el eclecticismo y positivismo modernos, para lo que publicó la Enciclica *Aeterni Patris*, en la que encarece la conveniencia de restablecer en las Universidades y colegios las enseñanzas del Angélico Doctor y de restituírle su antiguo y merecido puesto de honor; á fin de que los jóvenes, alimentados con una doctrina sana y substanciosa, llenos de vigor y revestidos de una armadura completa, se acostumbren á defender la religión, con entereza y sabiduría.²

Y con sobrada razón; porque las obras del Ángel de las escuelas son un depósito inagotable en que se encuentran armas poderosas para combatir y vencer á los enemigos de la fe y la moral cristianas; á tal punto que los racionalistas y herejes de nuestros días bien pudieran repetir lo de sus antecesores, Teodoro de Beza y Bucero: que, si desaparecieran

¹ *Didiot, La philosophie.*

² «Cuncti adolentescentes... pollenti ac robusto doctrine pabulo ob eam causam nutriendi sunt, ut viribus validi, et copioso armorum apparatu instructi, mature assuescant causam religionis fortiter et sapienter agere» (Encycl. *Aeterni Patris*).

las obras de Santo Tomás, podrían fácilmente *combatir con todos los doctores católicos, salir victoriosos y destruir la Iglesia.* ¡Vana jactancia, como lo nota León XIII, pero testimonio también harto expresivo!

Muy conveniente es que, en nuestro siglo, enervado por el lujo y el placer, aficionado á estudios poco sólidos y ansioso de bienes materiales, ocupen puesto de honor la filosofía y teología tomistas, en que han bebido la ciencia á raudales los más preclaros ingenios desde el siglo XIII á esta fecha. El orden y la paz, la armonía de la ley y la libertad, el afecto y mutuos miramientos entre gobernantes y gobernados, la extirpación del indiferentismo religioso, el progreso moral, en fin, en todas sus facetas y útiles manifestaciones no se harían esperar, si se tomara por guía á tan seguro Maestro. «Su doctrina acerca de la verdadera naturaleza de la libertad, que en nuestros días degenera en licencia; sobre el origen divino de toda autoridad, la naturaleza y fuerza obligatoria de la ley; sobre el poder, á un mismo tiempo justo y paternal, de los sumos imperantes y la obediencia debida á ellos; sobre la mutua caridad que ha de existir entre todos los hombres; lo que nos dice acerca de estos y otros asuntos, tiene fuerza eficaz é invencible para dar el golpe mortal á los principios del *derecho nuevo*, reconocidos como contrarios y peligrosos á la tranquilidad pública y á la salud común. Todas las ciencias deben concebir viva esperanza de perfección y aumento, y prometerse muchos auxilios de la restauración de los estudios filosóficos. Porque de la filosofía acostumbra tomar las bellas artes, como de ciencia moderadora, su razón y método, y sacar, como de fuente común de vida, el espíritu que debe animarlas. Los hechos y la constante experiencia comprueban que florecieron principalmente las artes liberales cuando la filosofía conservó su gloria y prevaletió la sabiduría de sus juicios; y, por el contrario, que perdieron ellas su vigor y quedaron relegadas al olvido cuando la filosofía, torcida por el error, degeneró en necesidad.»¹

¹ «Que enim de germana ratione libertatis, hoc tempore in licentiam abicuntis, de divina cuiuslibet auctoritatis origine, de legibus earumque vi, de

Desde la era cristiana, las obras más notables en las ciencias morales y religiosas, las creaciones artísticas más perfectas y encantadoras, los trabajos poéticos de mayor vuelo se han inspirado en la enseñanza católica que encarriló a la filosofía pagana y le señaló nuevos rumbos.

Santo Tomás de Aquino ha cooperado poderosamente al desarrollo científico y artístico de las edades media y moderna; y su filosofía, según afirma el cardenal González, suministró el fondo científico al poema del Dante: ella se prestó á las bellas y sublimes concepciones del vate florentino, se acomodó fácilmente á las formas poéticas, y apareció llena de interés al soplo de su vigorosa inspiración.

Los que han leído con detención la *Divina Comedia*, reconocerán sin dificultad que su parte doctrinal está basada casi toda y como modelada sobre la doctrina filosófica de Santo Tomás¹.

5. Carácter de la filosofía moderna; sus errores dominantes.—Como la filosofía trata de las cuestiones más importantes del orden moral y social, influye poderosamente en la suerte de los pueblos; y por esto, todo error en el terreno filosófico, recibe pronta aplicación en el de los hechos. La guerra de las ideas engendra la guerra de los hombres, y el acuerdo de las doctrinas prepara la paz de los pueblos, dice el Padre Didon. Entre todas las ciencias

paterno et æque Summorum Principum imperio, de obtemperatione sublimioribus potestibus, de mutua inter omnes caritate; que scilicet de his rebus et aliis generis eiusdem a Thoma disputantur, maximum atque invictum robur habent ad everteunda ea iuris novi principia, que pacto rerum ordinii et publice salutis periculosa esse dignoscuntur.—Demum cuncta humane disciplinæ spem incrementi præcipere, plurimumque sibi debent præsidium polliceri ab hac que Nobis est proposita disciplinarum philosophicarum instauratione. Etenim a philosophica, tanquam a moderatrice sapientia, sanam rationem rectumque modum bonæ artes mutuari, ab eaque, tanquam vitæ communi fonte, spiritum haurire conseruerunt. Facto et constanti experientia comprobatur, artes liberales tunc maxime floruisse, cum incolumis honor et sapiens iudicium philosophicæ stetit; neglectas vero et prope obliteratas lacuisse, inclinatas atque erroribus vel ineptiis implicita philosophia* (Encycl. *Æterni Patri*).

¹ Cf. «La filosofía de Santo Tomás».

humanas, ninguna como la filosofía debe mantener relaciones más íntimas con la sagrada teología ni necesita tanto de su apoyo, á fin de enseñar siempre la verdad y suministrar principios seguros á las otras ciencias que le están subordinadas.

«El Renacimiento», dice Moigno¹, «fue el padre legítimo de la filosofía moderna. Los dos grandes sistemas filosóficos de la antigüedad, el idealismo de Platón y el empirismo de Aristóteles, se dividieron las escuelas desde su aurora; y el espíritu pagano hizo tantas y tan rápidas conquistas, que antes de haber transcurrido un siglo se habría podido aplicar á casi todos los filósofos aquel dicho de Cicerón: *No hay absurdo que no haya sido enseñado por algún filósofo*. Desde principios del siglo XVII, Descartes, partidario de la enseñanza pagana, talento independiente y novador atrevido, dió por única base á la filosofía la autoridad de la razón individual, el derecho de examinar y juzgar todas las doctrinas; lo que equivalía á invitar á los filósofos á que se hiciesen protestantes en filosofía, como Lutero había invitado á los cristianos á que se hiciesen protestantes en religión.»

Alejados de la lumbre de la fe, se precipitaron los filósofos modernos en los más lamentables errores. Locke sostuvo que la sensación es el único origen de todas las ideas; Condillac inventó el hombre estatua y Gall la frenología; Cabanis aseguró que los nervios son la causa del pensamiento; Destutt de Tracy elevó el materialismo de Cabanis á la categoría de doctrina metafísica; Volney hizo del mismo error el catecismo de la moral pública y privada, y Darwin explicó el origen de las especies por el principio de la *selección natural*, deduciendo de ésta la afinidad fisiológica y la comunidad de origen de todos los seres vivos².

La razón, ó, mejor dicho, la filosofía, en presencia de la fe, se ha presentado bajo dos formas en el siglo XIX, dice el Padre Didon: en sus comienzos adoptó la forma racionalista y metafísica, y en los últimos años la forma científica y experimental. La filosofía sensualista del siglo XVIII, represen-

¹ «Los esplendores de la fe».

² Cf. Moigno l. c. y Serrano, Diccionario Universal.

tada por Maillet, Helvecio, D'Holbach y La Mettrie, fué rechazada y vencida por Royer-Collard, Maine de Biran, Gerardo, Cousin, Jouffroy y otros filósofos más, que son los maestros del espiritualismo francés en el siglo pasado. Aunque racionalistas, se abstienen estos últimos filósofos de penetrar en el terreno de la fe, y en vez de elevarse hasta ella, «la consideraron como un misticismo, sublime en verdad, pero humano, persuadidos de que todos los dogmas que enseña la fe, podía la razón conocerlos á su manera, probarlos y darles un sentido racional». Ciertamente, en el fondo, equivale esto á negar la Revelación y la misión divina de la Iglesia; pero, en todo caso, la filosofía espiritualista aceptaba la metafísica, en especial, la psicología. «Paralelamente á este retorno teórico hacia la sana doctrina espiritualista, se producía otro, de orden estético y sentimental, que conducía á la eterna belleza, antes que á la verdad absoluta. Tal fué el despertar de la poesía cristiana en las obras de la Harpe, de Fontanes, de Chateaubriand; el renacimiento de la delicadeza y dulzura de alma en los *Pensamientos* de Joubert... El *Genio del Cristianismo* avivó en muchos espíritus los sentimientos de amor y respeto á Dios y á su Revelación, á Jesucristo y á su Iglesia, que son los preliminares de la fe.»¹

En el campo del error se cae de abismo en abismo: en contra del espiritualismo surgió la escuela materialista, que, fascinada por lo sensible, sólo habla de fisiología. Á la ciencia metafísica, que estudia lo inmaterial é invisible y se eleva á las causas, se opuso la ciencia experimental que entiende en lo visible, en lo que se ve, se pesa y se mide; en una palabra, en los fenómenos. Y así como el espiritualismo racionalista se erigió en enemigo de la Revelación y de la fe, el *experimentalismo* se declaró adversario resuelto del espiritualismo metafísico. Los racionalistas, llenos de soberbia, dicen: ¡Nada de revelación que supere á la razón! Los partidarios del experimentalismo exclaman: ¡Nada de metafísica, que supere á la experiencia! Los primeros aceptan por lo

¹ Didot l. c.

menos las verdades que conoce la razón; los segundos sólo aceptan lo que cae bajo el dominio de los sentidos.

La materia lo es todo para el experimentalista; fuera de ella nada hay posible ni existente; y como el alma humana, las nociones de moral, de justicia y responsabilidad, la existencia de un mundo superior no pueden verse, ni comprobarse su realidad, mediante reacciones químicas ó el escalpelo del cirujano; el materialismo rechaza cuanto no está sometido al examen de la experiencia, con lo que rebaja al hombre á la condición de la bestia, niega la moralidad de las acciones, la diferencia entre el bien y el mal, y echa por tierra el orden religioso y social.

El *positivismo*, á su vez, sostiene sin fundamento alguno, que hay oposición entre *ver* y *crear*, entre la ciencia que *experimenta* los fenómenos y la *fe que contempla* la primera causa. «Para él, el único objeto de la ciencia es el conocimiento de las manifestaciones del mundo físico, de sus leyes y en parte, al menos, de las del mundo moral. En cuanto al método, admite puramente la investigación experimental y sensible; por lo que puede decirse que el positivismo entraña dos negaciones radicales, al lado de dos afirmaciones no menos absolutas, á saber: 1^ª, la negación de la cognoscibilidad de las substancias y las causas, al lado de la afirmación de la cognoscibilidad de los fenómenos y sus leyes; 2^ª, la exclusión de todo método racional y de sus resultados en el orden intelectual, al lado de la afirmación del valor exclusivo del método experimental.

«El *monismo* va más adelante. No sólo relega, como el positivismo, al mundo de lo desconocido é incognoscible las cuestiones relativas á las causas y substancias, y á los destinos del mundo y del hombre, sino que niega su existencia. Las substancias y las causas, según él, no existen en realidad, y sus conceptos son ilusiones del espíritu. La realidad cósmica se compone únicamente de fenómenos y leyes que el hombre conoce por medio de la experiencia. Estas leyes son necesarias, y por tanto el Universo está sujeto á un determinismo general y absoluto.»¹

¹ Card. González l. c.

Como los errores tienen afinidad y se auxilian entre sí, el positivismo conduce lógicamente al monismo, al materialismo, al escepticismo y al ateísmo, es decir, á la negación de Dios, del alma y sus futuros destinos. Queda el hombre, pero *bestializado*, «especie de *perro sabio*», según la frase de un escritor, «que sabe mirar, contar, clasificar, acordarse de lo pasado y perpetuarse... pero que ignora de dónde procede y adónde va...», y que, encorvado hacia la tierra busca lazos de parentesco con el animal, en vez de erguirse y elevarse para descubrir en el Infinito los títulos de su filiación divina».

En resumen, cuatro son los grandes sistemas ideados, ó mejor dicho, resucitados en nuestros tiempos por los filósofos enemigos de Dios. El escepticismo, que, al negar la existencia de la verdad ó la posibilidad de conocerla, aun cuando exista, anula la razón y rechaza por completo el orden sobrenatural; el panteísmo, que confunde á Dios con la naturaleza; el materialismo, que admite como única substancia la materia y niega la espiritualidad del alma, la causa primera y el orden metafísico; y el positivismo, que sólo acepta el método experimental y desconoce lo absoluto y universal. Pero, como el error carece de inventiva é insiste de ordinario en las mismas aberraciones, la filosofía heterodoxa de nuestros tiempos ha hecho sólo revivir, bajo nuevas formas y matices, los sistemas absurdos de las escuelas paganas, ya victoriosamente refutados por los apologistas y doctores de los primeros siglos de la Iglesia¹.

Á pesar de los extravíos de la filosofía contemporánea, no ha llegado ni llegará á caer en el abismo en que se precipitó la filosofía pagana. Esto nace, como lo nota Balmes², de que «los filósofos antiguos marchaban en tinieblas, á tientas, mientras que los modernos caminan precedidos de la brillante luz del evangelio, con paso firme y seguro, en derecha al objeto. No importa que digan á menudo que prescinden de la Revelación; no importa que á veces la miren con desvío, ó quizás la combatan abiertamente: aun en este

¹ Cf. P. *Didon* l. c.

² «El protestantismo».

caso la religión los alumbra y guía con frecuencia sus pasos, porque no pueden olvidar mil y mil ideas luminosas tomadas de la religión, ideas que han encontrado en los libros, aprendido en los catecismos, chupado con la leche; ideas que andan en boca de todos, que se han esparcido por todas partes, y que, como un elemento vivificante y benéfico, impregnan, por decirlo así, la atmósfera que respiramos. Cuando los filósofos modernos desechan la religión, llevan muy allá su ingratitud, porque, al propio tiempo que la insultan, se aprovechan de sus beneficios.»

«La situación de la filosofía es por extremo compleja y difícil en la actualidad», dice el cardenal González¹, «y es también problemática con respecto al porvenir; porque es muy violento el choque de principios, de doctrinas y métodos que se agitan en el fondo. De un lado, la invasión creciente y amenazadora de las escuelas y métodos positivistas, parece en vísperas de triunfar definitivamente de la metafísica y de sus métodos, envolviendo en sus ruinas y arrastrando en su caída á la moral, al derecho y á la ciencia político-social. De otro lado y en otro terreno, nos encontramos en presencia de esa lucha sorda, implacable, siempre antigua y siempre nueva, entre el monismo ideal y absorbente del panteísmo, el monismo cósmico del positivismo materialista, y el teísmo personal y trascendente del espiritualismo cristiano. Á pesar de la lucha constante y encarnizada del positivismo contra la metafísica, abrigamos la convicción de que ésta no perecerá, porque no puede perecer una ciencia que es en cierto modo una fase necesaria, como un atributo inseparable de la razón humana en sus relaciones fundamentales con Dios y con el Universo, y que constituye la gloria de Platón y de Aristóteles, de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino, de Leibnitz, Kant y Hegel.... La fuerza de la batalla está hoy entre el monismo cósmico del materialismo y el teísmo personal del cristianismo.... La victoria del teísmo cristiano en el orden filosófico se halla íntimamente ligada con la victoria de la Iglesia católica en el orden religioso y social. Si á través

¹ L. c.

del movimiento providencial de la historia, llega un día en que se verifique en las naciones civilizadas una completa restauración cristiana, ese gran movimiento será preparado y seguido, será desenvuelto y afirmado mediante la restauración del teísmo católico. Cuando llegue ese día feliz y deseado, reconocerán los hombres y los pueblos que el reinado social de Dios y de su Verbo lleva consigo el reinado de la fraternidad verdadera, y de la justicia, del derecho y de la caridad. La cruz de Jesucristo representará entonces el árbol de la ciencia y el árbol de la vida; y la humanidad, escarmentada, agradecida y regenerada, ya no hablará palabras de blasfemia, sino palabras de bendición y de acción de gracias, y sobre el corazón del hombre, y sobre el árbol de la cruz, y sobre la cátedra del sabio, y sobre la asamblea del pueblo, y sobre el trono del monarca, aparecerá escrito el lema de la victoria del Hijo de Dios: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!*¹

Tanto por los intereses de la filosofía, como por las relaciones que tiene con la fe, la Iglesia ha promovido siempre su adelanto, recomendado su estudio y reprobado, no sólo los errores manifiestos, como el panteísmo, el materialismo, el racionalismo, el escepticismo, etc., sino también los que han pretendido disfrazarse con el manto de la verdad. Prueba de esto son la condenación del tradicionalismo de Bonnetty, del ontologismo de Baudry, del racionalismo teológico de Guenther y de Frohschammer, así como de la tendencia de algunos filósofos italianos de mezclar el cartesianismo con la doctrina tomista, y el empeño de ciertos profesores de Lovaina de enaltecer el eclecticismo de Malebranche, Kant, Schelling. En el *Syllabus*, sobre todo, han sido condenados los errores filosóficos, bajo todas sus formas y matices.

Durante el siglo XIX, la filosofía ha sido cultivada por muchos católicos distinguidos, que han detenido con sus escritos y enseñanza los avances de la filosofía heterodoxa. José de Maistre, Bonald, Lamennais (mientras permaneció fiel á la Iglesia), el cardenal de la Luzerna, Frayssinous,

¹ Cf. *Diction.* l. c.

Mons. Maret, Augusto Nicolás, Mons. Rosset, Sauvé, Grand- Claude, en Francia; Kleutgen, Stœckl, en Alemania; Tapparelli, Sanseverino, Signoriello, Liberatore, en Italia; Balmes, Donoso Cortés, el cardenal González, en España, son honra y prez de la filosofía católica.

6. Método para estudiar con provecho la filosofía.—Siendo la filosofía de suma importancia en sí misma, y sirviendo además de guía y como de base á las otras ciencias, es natural decir algo acerca del mejor modo de estudiarla. Si en todo se necesita orden y método, mucho más en la filosofía, que dicta leyes á la inteligencia para su debido ejercicio. Es preciso, ante todo, amar la filosofía y estimarla en lo que se merece, á fin de darle lugar preferente en las labores intelectuales; pues sabido es que cada cual va en busca de lo que apetece.

Para proceder con método, es preciso empezar el estudio de la filosofía por un buen compendio, á fin de conocer primero sus principios fundamentales y tener á la vista las verdades más importantes que enseña. Y, como en esta ciencia, más que en otras, han hecho grandes estragos el error y el sofisma, es indispensable elegir, para el estudio elemental, un autor de doctrina sana, que concilie los derechos de la razón con los de la fe; que enseñe la verdadera moral; que no se halle, en una palabra, en pugna con la doctrina católica, única exenta de error.

Una vez adquiridas nociones sólidas y exactas, conviene estudiar las obras más latas y profundas de los filósofos cristianos, en especial escolásticos, sin prescindir de los mejores filósofos paganos, teniendo cuidado de leer sus escritos con los análisis y comentarios que de ellos han hecho los autores católicos, á fin de distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo.

Asimismo aprovecha mucho profundizar algunos puntos más importantes, estudiarlos sucesivamente y seguir el enlace que guardan entre sí. Conviene empezar por las leyes del raciocinio, en la lógica, y continuar después con la metafísica, la ética y el derecho natural. Se ha de procurar adquirir ideas exactas acerca de Dios, del hombre y del mundo

físico, para la acertada solución de las muchas é interesantes cuestiones que á ellos se refieren. Por último, es siempre útil tener buenos libros y maestros competentes á quienes consultar, en los puntos difíciles y controvertidos.

Terminaré este capítulo con las siguientes expresivas frases de Mons. Dupanloup, escritas para nuestros días!: «No hay en mi alma bastante energía, ni en mi palabra bastante eficacia para manifestar cuán triste impresión me causa la vista de esa muchedumbre de hombres desprovistos de buenos estudios filosóficos, especialmente en las elevadas regiones de la sociedad. ¡Qué vacío en sus espíritus, qué desdicha en su vida! Conozco á algunos de ellos que, por esta causa, serán siempre inferiores á sí mismos, y siempre estarán por debajo de sus destinos, sin poder nunca prestar, ni á su país, ni á sus familias, los servicios que habrían podido hacerles con una educación filosófica, profunda, cristiana y completa.»

CAPÍTULO DUODÉCIMO.

LA HISTORIA.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. — 2. Lugar preferente que ocupa entre los conocimientos humanos. — 3. Cualidades intrínsecas de la historia. — 4. Fin de la historia. — 5. Varios sistemas para escribir ó estudiar la historia. — 6. Cómo debe considerarse á la humanidad en la historia. — 7. Importancia del espíritu filosófico en la historia. — 8. Historia profana y eclesiástica: importancia de la última. — 9. Ataques dirigidos á la Iglesia por ciertos historiadores. — 10. Palabras de León XIII acerca de la historia.

1. Qué es la historia; utilidad de su estudio. —

La historia, según la definió Cervantes, es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir. Bossuet la llama maestra de la vida humana y guía prudente de los negocios, y otro autor la califica de ciencia de la vida de los pueblos.

¹ Cartas sobre educación intelectual.

Como la sociedad es natural al hombre, siente éste vivo deseo de tratar y comunicarse, no sólo con sus contemporáneos, sino también con las generaciones pasadas, y todo esto lo obtiene por medio de la historia, que nos presenta el cuadro completo de la vida de la humanidad; nos refiere su origen y vicisitudes, sus adelantos y retrocesos, sus triunfos y miserias; nos hace asistir á las gloriosas escenas que se han verificado en todo tiempo en el mundo; hace desfilar ante nosotros á los grandes genios de todas las edades; nos muestra en acción al linaje humano, desde que pobló la tierra; recompone y anima, por decirlo así, los hechos pasados, para que los veamos casi como presentes. Con justicia dice Cicerón que ignorar lo acontecido antes de nuestro nacimiento, es permanecer siempre niños; y Pascal afirma que la humanidad es un hombre que vive siempre y aprende sin cesar.

De la definición de la historia se deduce la utilidad de su estudio. En efecto, si el hombre no vive aislado en el mundo; si no es como la nube barrida por el viento, ó como el átomo de polvo que se pierde en el espacio; si, por el contrario, es un ser inteligente y libre, rey de la creación y árbitro de sus destinos; si, por humilde que sea su condición, deja en el mundo huellas de su existencia; si cada hombre tiene una misión que cumplir, y sus hechos forman parte de los anales que, día por día, se van acumulando para transmitirlos á la posteridad; si cada cual es actor y espectador en el grandioso drama que representa la humanidad en el mundo; no cabe duda de que la historia es sobremañera útil á la cultura del espíritu, y que debe ser estudiada con empeño por cuantos aspiren á ocupar puesto distinguido en la república de las letras.

Si es verdad, como dice Bossuet, *que el hombre encuentra su placer en el hombre*, es claro que debe interesarle conocer cuanto aquél ha hecho, dicho y pensado sobre la tierra. «De allí nace el contento que experimentamos en una conversación agradable, en comunicarnos por medio de la palabra, oral ó escrita... en juntarnos, en fin, con nuestros semejantes. Ahora bien, la historia es la más grata y útil de